

Los primeros registros alfabéticos en la Nueva España

1. Códices en el Nuevo y Viejo Mundos

Antonio de Herrera, cronista mayor de Felipe II, al referirse a los registros realizados por los naturales del Nuevo Mundo para preservar los acontecimientos de mayor relieve y su conocimiento sobre distintas materias, comentaba en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, que:

Conservaban las Naciones de Nueva España, la memoria de sus antiguallas: En Yucatán i en Honduras, havia vnos Libros de Hojas, encuadernados, en que tenían los Indios la distribución de sus tiempos, i conociemiento de las Plantas, i Animales, i otras cosas naturales.

En la Provincia de Mexico, tenían su Librería, Historias, i Calendarios, con que pintaban; las que tenían Imagen: asi figuraban cuanto querían.¹

La población indígena estaba familiarizada con ciertas formas de codificación ancestrales que aún podemos apreciar, por ejemplo, en la serie de 30 vasos policromados de Petén y zonas colindantes que datan de 750 a 800 d. C. en la que aparece, entre otros motivos, un tlahuilo enseñando a sus discípulos el

Pilar Máynez. Doctora en Lingüística Hispánica, adscrita al programa de Investigación de la FES Acatlán.

¹ En la *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla. México: UNAM, 1999, p. xi. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81).



arte de las inscripciones; otras formas de registro llevadas a cabo en el mundo mesoamericano quedaron plasmadas en las numerosas estelas que evocan en su mayoría la entronización de distintos señores y sus linajes,² y principalmente, como dejó constancia don Antonio de Herrera, en libros realizados con papel amate o en pieles de venados preparadas a manera de pergaminos en los que se exponen diversos asuntos, y que hoy conocemos con el nombre de "códices".

Este término procede de la voz latina *codex*. Los materiales con los que se confeccionaron fueron el papiro, procedente de una planta perteneciente a la familia de las ciperáceas, bastante escasa en la actualidad,³ y el pergamino de cuero animal, especialmente de cordero; ambos son muy flexibles, por lo que pueden doblarse sin problemas, pero el pergamino desplazó al papiro a partir del siglo IV d. C.; se escribían e iluminaban antes de encuadernarse, proceso que se realizaba cosiendo todos los dobles hasta formar un solo cuerpo que se unía con una tira de cuero al lomo. Sobre el papiro y el pergamino se plasmaban distintos caracteres con pluma de ave (águila, cuervo, ganso) utilizando, entre otras sustancias, tintas vegetales.

Miguel León-Portilla comenta en su libro *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo* que no se sabe con precisión cuándo comenzó a emplearse la palabra "códices" para referirse a los antiguos libros mesoamericanos. En el siglo XVIII se hacía alusión a ellos como "manuscritos figurativos", y sólo a partir del siglo XIX dicho término aparece ocasionalmente en *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas* del barón Alexander von Humboldt, publicado en 1810, por lo que la aplicación de este vocablo a los lienzos de fibra de diversos *ficus* realizados en América puede, entonces, atribuírsele a este versátil investigador alemán.⁴

A mediados del siglo XIX esta palabra se utiliza

² En estas estelas se incluyen figuras humanas y divinas, así como una gran variedad de elementos simbólicos. En su lectura se deben correlacionar imágenes e inscripciones glíficas. Un ejemplo de estas inscripciones en piedra es la estela del Templo 14 de Palenque. Se trata de dos lápidas; una —que es a la que aquí particularmente nos referiremos— se encuentra en el mismo templo y representa al hermano mayor de Kan-Xul, el llamado Chan Bahlum, que había muerto y a quien la imagen revive. El propósito de la estela parece ser exaltar la memoria del hermano que ha muerto pero que había de tener vida perdurable. Véase Miguel León-Portilla, *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*. México: Ed. Aguilar, 2003, p. 48-49.

³ El rollo de papiro más antiguo conservado pertenece al año 2600 a. C. en escritura demótica.

⁴ León-Portilla, *ibid.*, p. 11-13.

con mayor frecuencia, y así la encontramos en *History of the Conquest of Mexico* (Boston, 1843) de William H. Prescott y en las obras de José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, y posteriormente en las ediciones que de estos peculiares manuscritos realizaron Eduard Selser, Francisco del Paso y Troncoso y Antonio Peñafiel. Estos libros "cogidos a dobleces como a manera de paños de Castilla", según explica Bernal Díaz del Castillo, adquirieron así la misma denominación que los códices del Viejo Mundo, los cuales versaban sobre temas bíblicos, litúrgicos, hagiográficos, legales e históricos.

2. La educación después de la Conquista y los primeros registros alfabéticos

Las aspiraciones de la monarquía española estaban encaminadas a unificar administrativa y lingüísticamente su vasto imperio; sin embargo, Carlos V y Felipe II atendieron también a las razones esgrimidas por los frailes, quienes advirtieron la necesidad de preservar los medios vernáculos de expresión para poder efectuar más rápidamente la conversión de los naturales. La lengua náhuatl, que a la llegada de los españoles era —debido a la supremacía azteca frente al resto de los pueblos— la de mayor extensión, fue difundida aún más por los misioneros; así, hacia 1584, el idioma mexicano se hablaba de Zacatecas hasta Nicaragua.

No obstante, y aun cuando las cédulas imperiales oscilaron respecto a la conveniencia de impartir el credo cristiano en los idiomas aborígenes, hubo instrucciones precisas por parte de Carlos V y de su hijo Felipe II de que el adoctrinamiento debería efectuarse en los idiomas patrimoniales, principalmente en el náhuatl; de esta forma, los monarcas hicieron eco de la petición de frailes como Rodrigo de la Cruz, quien en una carta dirigida a Carlos V comentaba:

La lengua náhuatl, que a la llegada de los españoles era —debido a la supremacía azteca frente al resto de los pueblos— la de mayor extensión, fue difundida aún más por los misioneros.

Había que propagar la palabra de Cristo, erradicar la idolatría y poner de manifiesto la "ceguera" del indígena que había sido engañado por el demonio.

"A mí paréceme que V. M. debe mandar que todos deprendan la lengua mexicana, porque ya no hay pueblo que no hay muchos indios que no la sepan y la deprendan sin ningún trabajo, sino de uso y muy muchos se confiesan en ella..."⁵ De igual forma, en una Relación que los franciscanos de Guadalajara dieron, no dudaron en declarar que: "Habían trabajado, por la mucha diversidad de lenguas que hay en esta tierra, de enseñar una lengua, que es la mexicana y más general..."⁶ Incluso en 1547 el futuro Felipe II solicitaba al Papa que los religiosos especialistas en lenguas vernáculas recibieran una gratificación especial; pero tres años después estas políticas cambian radicalmente, y en una real cédula de 7 de junio de 1550 se ordena que los indígenas aprendan castellano, debido a la dificultad de explicar los misterios de la fe católica en los medios de expresión autóctonos. A pesar de estas nuevas disposiciones de la monarquía, los misioneros lingüistas no cesaron en sus esfuerzos de codificación y transvase de textos sagrados a diversas lenguas amerindias, para realizar su tarea de conversión de manera más eficaz y expedita.

Había que propagar la palabra de Cristo, erradicar la idolatría y poner de manifiesto la "ceguera" del indígena que había sido engañado por el demonio, y eso sólo se podría lograr a través de la instrumentación de estrategias lingüísticas más complejas que las ideadas por aquellos frailes, quienes como medida desesperada habían recurrido incluso a la mímica para advertir a sus nuevos prosélitos del infierno y la maldad en que se encontraban hasta antes de la llegada de la fe católica. Pero para esta tarea en la que se intentaba poner en marcha, como sostienen algunos estudiosos, el sueño milenarista de los franciscanos —primeros frailes que iniciaron sistemáticamente la evangelización del continente americano— se requería de una gran infraestructura que distaba mucho de corresponder con la realidad; recordemos que la aspiración fundamental de esa orden era convertir

⁵ Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid: Espasa Calpe, 1983, p. 105.

⁶ Relación que los franciscanos de Guadalajara dieron de los conventos que tenía su orden, *Códice franciscano*. México: Editorial Chávez Hayhoe, s. f., p. 153.

Ahora bien, el concepto de *lingua franca* no se considera aquí como un bilingüismo generalizado a lo largo del extenso territorio mexicano, sino que está relacionado con el contacto que debió haberse generado entre los comerciantes hablantes del náhuatl, quienes recorrían amplias zonas con miembros nativos de otras comunidades lingüísticas que aprendían el mexicano, y que a su vez lo hacían extensivo a los miembros de su etnia.

a los indios, gentiles ocultos hasta entonces por la impenetrable voluntad divina, y cuya aparición era un signo claro de la cercanía de los últimos tiempos, y después explicar su origen, su existencia y su suerte a la luz de las Sagradas Escrituras.⁷ Por tanto, era necesario preparar a niños y jóvenes nativos para que auxiliaran a los misioneros, enseñando los preceptos básicos del cristianismo y las oraciones y prácticas rituales nuevas entre los miembros de sus respectivas comunidades.⁸ Así nos lo hacen saber varios testimonios como las ordenanzas de Hernán Cortés dirigidas en 1524 a los encomenderos, en las que se dispone que los nobles de cada región deberían entregar a sus hijos varones para que los instruyesen en las materias tocantes a la nueva religión.⁹

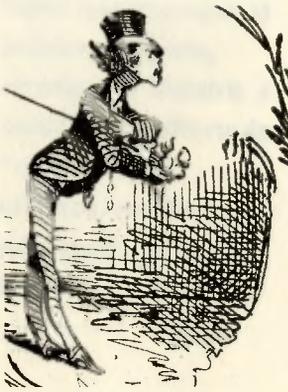
Aunque, como asegura José María Kobayashi, resulta muy escasa la información respecto a la labor educativo-apostólica iniciada por fray Pedro de Gante en Tezcoco —quien arribó al Nuevo Mundo incluso antes que los famosos doce—, podemos a través de diversos testimonios reconstruir el método seguido. No tenemos ningún indicio de que hubiese habido anteriormente a la llegada de fray Pedro de Gante y sus dos compañeros flamencos, Juan de Tecto y fray Juan de Ayora, un intento de transcribir con letras latinas la lengua náhuatl. Como parte integral del programa de catequización figuró la enseñanza de la lecto-escritura en sus propias lenguas, para poder comprender posteriormente las obras sagradas que los profesores realizarían y pondrían a su alcance. Resulta fundamental resaltar el significado que revisió la codificación de las lenguas indígenas, en la que la *Cartilla* de Gante representa, sin duda, un papel central.¹⁰ La *Cartilla para enseñar a leer* atribuida a fray Pedro de Gante se publicó en México por el francés Pedro Ocharte en el año de 1569; se trata de un muy breve texto de apenas 16 páginas que ha sido considerado el primer libro de alfabetización en América. Consta de diversas estampas, pero destacan

⁷ Véase Georges Baudot, *Utopía e historia de México*, p. 37.

⁸ La educación religiosa consistía en la doctrina cristiana que comprendía enseñar a signarse, a santiguarse, rezar el *Pater Noster*, el *Ave María*, el *Credo* y la *Salve Regina*, seguida por la explicación sobre la existencia de un solo Dios, creador de todo, los gozos del paraíso, los horrores del infierno y el misterio de la encarnación, entre otros asuntos.

⁹ Lo anterior recuerda —según José María Kobayashi— la instrucción dada a los padres jerónimos, la cual disponía que se enseñara a “los niños a leer y escribir hasta que fueran de edad de nueve años, especialmente a los hijos de los caciques y de los otros principales del pueblo”. Al mismo tiempo, establecía que los gastos de educación —la comida y vestimenta inclusive— deberían ser cubiertos por los encomenderos, “se pena que si así no lo hiciese perdiera los indios que tuviera”, *La educación como conquista (empresa franciscana en México)*. México: El Colegio de México, 1985, p. 161.

¹⁰ Fray Pedro de Gante, *Cartilla para enseñar a leer*, México, impreso por Pedro Ocharte 1569. México: Academia Mexicana de la Educación, 1959, Edición facsimilar de la cartilla atribuida a Gante de 1569.



entre ellas la de la portada que contiene la figura de San Francisco ambientada en un paisaje indígena. En las siguientes páginas se presentan las letras y las sílabas, y el *Pater Noster* en español, latín y náhuatl. Posteriormente se incluye el *Credo* y el *Ave María* con pequeñas ilustraciones; le sigue un marco con grabados de los 12 apóstoles, los mandamientos de la ley de Dios y una explicación y lista de los pecados veniales y mortales. Concluye este opúsculo con la confesión en latín y castellano, la bendición en la mesa y un acto de contrición.

De Gante es también un valioso testimonio de fecha temprana en el que podemos advertir ya la reducción del náhuatl a caracteres latinos; se trata de una carta fechada en 1529 del padre flamenco a sus hermanos, cuyas líneas finales son posiblemente la primera frase escrita en un idioma indígena que haya cruzado el Atlántico, que dice: “Ca ye ixquichi ma moteneoa y toteoh y tlatocauh y Jesu Christo”¹¹ (Que todo sea en el nombre de nuestro Dios y Señor Jesucristo).

Pero regresando a la tarea pedagógica que tan arduamente se llevó a cabo en aquella primera escuela erigida en Tezcoco —donde no fue difícil introducir los nuevos conocimientos por tratarse de un lugar de reconocida tradición cultural—, cuenta Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de Nezahualcóyotl, que en las casas reales existían salas específicas que funcionaban como archivos en donde se guardaban anales con los sucesos más relevantes, genealogías y descendencia de reyes, papeles tocantes a demarcaciones territoriales, y otros relativos a sus ritos y ceremonias y a sus sistemas de cómputo calendárico.

A la tarea iniciada por los tres frailes flamencos siguió la de los doce. Fray Jerónimo de Mendieta recrea en su multicitada *Historia Eclesiástica Indiana* lo que muy posiblemente ocurrió en repetidas ocasiones: “Tenían siempre papel y tinta en las manos y en

¹¹ José María Kobayashi, *op.cit.*, p. 173.

oyendo el vocablo al indio escribíanlo... y en la tarde, juntábanse los religiosos y comunicaban unos a otros sus escritos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía convenir".¹²

En la escuela de Tezcoco, como en el Colegio de San Francisco en México poco después, se preparó a los pequeños para que auxiliaran al reducido número de frailes en la empresa catequística; de modo que el entrenamiento académico y religioso adquirido por los hijos de nobles en este recinto tenía como fin último la propagación de la nueva fe por los nativos. Los resultados en algunos casos fueron exitosos; ante ciertos hechos de resistencia indígena, los más perseverantes alumnos se convirtieron en eficaces aliados de sus maestros en la difícil tarea de extirpar la idolatría. Con relación a estos hechos, uno de los doce franciscanos que arribó a México en 1524, fray Toribio de Benavente, Motolinía, relata en su *Historia de los indios de la Nueva España*:

Al principio, cuando los frailes menores vinieron a buscar la salud de las ánimas de estos indios, parecióles que convenía que los hijos de los señores y personas principales se recogiesen en los monasterios; y para esto dio mucho favor y ayuda el marqués del Valle, que a la sazón gobernaba, y para todo lo demás tocante a la doctrina cristiana; y como los indios naturales le amaban y temían mucho, obedecían de buena gana su mandamiento en todo, hasta dar sus hijos, que al principio se les hizo tan cuesta arriba, que algunos señores escondían a sus hijos, y en su lugar ataviaban y componían algún hijo de su criado o vasallo, o esclavillo, y enviábanle acompañado con otros que le sirviesen por mejor disimular, y por no dar a el hijo propio. Otros daban algunos de sus hijos, y guardaban los mayores y más regalados. Esto fue al principio, hasta que vieron que eran bien tratados y doctrinados los que se criaban en la casa de Dios, que como conocieron el provecho,

En la escuela de Tezcoco, como en el Colegio de San Francisco en México poco después, se preparó a los pequeños para que auxiliaran al reducido número de frailes en la empresa catequística.

¹² *Historia Eclesiástica Indiana*, México: Ed. Porrúa, 1970, p. 220.



ellos mismos los venían después a traer y a rogar con ellos, y luego se descubrió también el engaño de los niños escondidos; y porque viene a propósito contaré de la muerte que los niños dieron a un indio que se hacía dios...

Como en el primer año que los frailes menores poblaron en la ciudad de Tlaxcala recogiesen los hijos de los señores y personas principales para los enseñar en la doctrina de nuestra santa fe, los que servían en los templos del demonio no cesaban en el servicio de los ídolos, y inducir al pueblo para que no dejasen sus dioses, que eran más verdaderos que no los que los frailes predicaba, y que así lo sustentarian; y por esta causa salió uno de los ministros del demonio (que por venir vestido de ciertas insignias de un ídolo o demonio *Umetochtli* y [ser] su ministro, se llamaba *umetoch cocoya*) salió del tianguis o mercado... A esta sazón venían los niños que enseñaban en el monasterio, del río de lavarse, y habían de atravesar por el tianguis o mercado; y como viesan tanta gente tras el demonio preguntaron qué era aquello y respondieron diciendo: "nuestro dios *Umotochtli*; los niños dijeron: no es dios sino diablo, que os miente y engaña"... A todo esto el ministro del demonio no dejaba de afirmar que él era dios y que los había de matar a todos, mostrando el semblante muy enojado, para les poner más temor. Entonces dijo uno de los muchachos: "veamos ahora quién morirá, nosotros o éste"; y abajóse por una piedra y dijo a los otros: "echemos de aquí este diablo, que Dios nos ayudará"; y diciendo esto tiróle con la piedra, y luego acudieron todos los otros; y aunque al principio el demonio hacía rostro, como cargaron tantos muchachos comenzó a huir, y los niños con gran grito iban tras él tirándole piedras, y íbaseles por pies; mas permitiéndolo Dios y mereciéndolo sus pecados, tropezó y cayó, y no hubo caído cuando le tenían muerto y cubierto de piedras, y ellos muy regocijados decían: "matamos al diablo que nos quería matar. Ahora verán los macehuales cómo

éste no era dios sino mentiroso, y Dios y Santa María son buenos".¹³

El rendimiento de los niños y jóvenes indígenas en el programa educativo ideado por los frailes fue elogiado por sus mismos impulsores. Además de su adoctrinamiento, aprendieron a leer y escribir no sólo en náhuatl.¹⁴ El obispo Julián Garcés consignó entusiasmado el hecho en una carta dirigida a Paulo III: "Ahora es tanta la felicidad de sus ingenios [habla de los niños] que escriben en latín y romance mejor que nuestros españoles, y los que se dan entre ellos al estudio de la lengua latina y castellana, no salen menos aprovechados que nosotros".¹⁵

La educación minoritarista destinada a la clase del grupo dirigente, asegura José María Kobayashi, coincidió con la política educativa de la Corona dispuesta en las Leyes de Burgos en 1513 y a las que, como hemos visto, se adhirió sin reservas Hernán Cortés. Así, los doce frailes encabezados por Martín de Valencia¹⁶ emularon el trabajo de los primeros misioneros y establecieron centros educativos, además del ya mencionado de Tezcoco, en México, Tlaxcala y Huexotzincó, anexos a los monasterios. En estas salas, prácticamente de reclusión pues servían incluso de dormitorios, los alumnos recibían su adiestramiento lingüístico y religioso.

La escuela franciscana más importante fue la edificada en México a las espaldas de la capilla mayor de la iglesia de San Francisco, la cual fue fundada en 1525 por fray Martín de Valencia; allí se les enseñó a levantarse para rezar los maitines de Nuestra Señora y, al amanecer, sus horas y prácticas disciplinarias como la flagelación, que recuerdan los autosacrificios del calmécac.¹⁷ La imposición de la vida monástica por parte de los evangelizadores comprueba, en cierto sentido, la idea de los franciscanos de formar un clero indígena, idea que no prosperó y que no compartió el resto de las órdenes mendicantes. Las aspi-

¹³ Fray Toribio Motolinía, *Historia de los indios de la nueva España. Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de la Nueva España y de la maravillosa conversión que Dios en ellos ha obrado*, estudio crítico, apéndices, notas e índices de Edmundo O'Gorman. México: Ed. Porrúa, 1990, p. 174-175. ("Sepan Cuantos...", 129).

¹⁴ Aunque la instrucción religiosa iba dirigida tanto a niños como a adultos y sin distinción a hombres y a mujeres, era a los pequeños a quienes con mayor afán se intentaba evangelizar; así los frailes enseñaban a los niños de las clases bajas, y especialmente a los de la élite, los preceptos cristianos y las principales oraciones.

¹⁵ Kobayashi, *op. cit.*, p. 174.

¹⁶ Fray Martín de Valencia fue el primer prelado y evangelizador de la fe en los reinos de la Nueva España. Véase Jerónimo de Mendieta, *op. cit.*, p. 571.

¹⁷ Recordemos que el calmécac era la casa donde se criaban desde niños los sacerdotes y ministros de los templos. Según los testimonios de fray Bernardino de Sahagún, recogidos por Alfredo López Austin, los jóvenes llevaban a cabo grandes penitencias como barrer cuando aún era de noche, cargar madera en la espalda y cortar espinas para punzarse distintas partes del cuerpo. También se levantaban a medianoche para hacer oración, y realizaban frecuentemente ayunos. En *Educación mexicana. Antología de documentos sahumaguntinos*, versión de Alfredo López Austin. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1994, p. 46-52.

La gran conciencia que los mexicanos tenían respecto al arte de educar se traduce en las dos opciones que se ofrecían: el *telpochcalli*, que preparaba guerreros y proporcionaba una educación media, y el *calmécac*, destinado a la educación de alto nivel para el sacerdocio.

La capacidad intelectual del indígena quedó comprobada plenamente por sus maestros en estos primeros programas educativos.

raciones de los frailes menores no se limitaron a la enseñanza que hoy llamaríamos básica, en la que se consideraban conocimientos del latín en su más elevado nivel. Los rudimentos de la gramática en esta lengua clásica, tal como se infiere por una carta de Jacobo de Testera y siete frailes más a Carlos V, se comenzaron a impartir hacia mayo de 1533, fecha en que se firma la epístola.¹⁸

En San Francisco de México, donde ya Martín de Valencia en 1525 había introducido ciertas nociones de la que por siglos fue *lingua franca* de un extenso territorio europeo,¹⁹ Arnaldo de Basacio comenzó a enseñar el latín, y más tarde lo impartió también en Tlatelolco. Desconocemos el método que el francés Arnaldo de Basacio siguió en la enseñanza de este idioma, pero según algunos testimonios esta tarea debió haber sido ardua por la falta de conocimientos gramaticales de los alumnos y la carencia de una terminología adecuada para aproximarlos al funcionamiento de una lengua tan distinta de la mexicana.

La capacidad intelectual del indígena quedó comprobada plenamente por sus maestros en estos primeros programas educativos; lo anterior causó que importantes autoridades de la Nueva España, como el obispo fray Juan de Zumárraga, el presidente de la Segunda Audiencia, Sebastián Ramírez de Fuenleal, y el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, fundaran un centro de enseñanza secundaria en Santa Cruz de Tlatelolco. Con el apoyo y la decidida disposición de acreditados religiosos como el tenaz fray Jacobo de Testera, quien ya en 1533 había solicitado a Carlos V la construcción del colegio, pudo hacerse realidad el sueño de los frailes menores. El 6 de enero de 1536, día de la Epifanía y para simbolizar así que el recinto se abría para ilustración de los gentiles del Nuevo Mundo, se iniciaron las actividades académicas del Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. En él impartieron cátedra maestros de reconocido prestigio como fray Juan

¹⁸ Torquemada, dice José María Kobayashi, asegura que el segundo presidente de la Audiencia de México, Sebastián Ramírez de Fuenleal, fue el primero que solicitó se mostrase la gramática latina a algunos indios de Nueva España para ver sus ingenios. Su optimismo respecto a dicha instrucción llegó a tal grado que pronosticaba que "sin poner duda había de aquí a dos años cincuenta indios que la gramática latina sepan y enseñen", p. 187.

¹⁹ Según testimonios de Motolinía, ya Martín de Valencia enseñaba a los niños indígenas el ABC, hasta leer en latín.

de Gaona, quien había enseñado retórica, lógica y filosofía en la Sorbona de París; fray Juan de Roucher, egresado del doctorado en leyes de dicha universidad, y fray Andrés de Olmos, maestro de gramática y autor del primer *Arte* de una lengua indígena del Nuevo Mundo.

En este colegio se impartió, como señala Georges Baudot, un programa de estudios apegado al seminario menor seráfico: el *trivium* (gramática, retórica y lógica) y el *cuatrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música), además de las lecturas de la Sagradas Escrituras y una introducción a la teología, ambas fundamentales para los franciscanos en sus propósitos de conformar un clero indiano. Pero el programa del colegio no sólo integraba este plan de formación académica; comprendía también proyectos de investigación de gran envergadura orientados a la codificación del náhuatl a través de la elaboración de artes y vocabularios, y al rescate del pasado precolombino y de sus conocimientos ancestrales, en los que participaron por igual frailes y alumnos aventajados. Se trataba de un verdadero taller a la manera de los *scriptorium* medievales, en los que se realizaban trabajos y copias de los manuscritos. Baste mencionar en este sentido el libro de hierbas medicinales realizado por un reconocido médico indígena Martín de la Cruz y un destacado latinista, quien tradujo la obra del náhuatl a dicha lengua clásica. El apellido de este último dio nombre a este peculiar códice compuesto por 140 páginas, 89 de las cuales incluyen las ilustraciones de las plantas originarias de México, con su denominación y propiedades características.

Otro de los magnos proyectos de investigación fue el realizado por fray Bernardino de Sahagún con el apoyo de sus más destacados alumnos trilingües del colegio. Se trata de la *Historia General de las cosas de Nueva España*, que ha sido considerada la "Enciclopedia de los nahuas del altiplano central" por



abordar de manera exhaustiva las cosas "divinas, humanas y naturales", como lo hacían los tratados medievales y renacentistas.

3. Artes y vocabularios en la Nueva España. Síntesis de antiguas y nuevas formas de descripción

Hemos aludido someramente a las primeras transcripciones del náhuatl realizadas por fray Pedro de Gante. Antes de comentar las peculiaridades del *Arte de la lengua mexicana* de fray Andrés de Olmos, primero de la lengua náhuatl y de una lengua indígena del Nuevo Mundo, como se ha dicho ya, resulta importante advertir que existen varios testimonios sobre otros trabajos de codificación que nos dejan constancia sobre la temprana existencia de transcripción alfabética y de instrumentos lingüísticos entre los naturales. Así, el mercader Juan de las Casas, quien había llegado a la ciudad de México en 1526, asegura en un documento fechado el 17 de julio de 1531 que "e queste testigo ha visto arte scripta para mostrar [a] los indios leer e escrebir. E que ha visto escrebir a algunos de los dichos indios las cosas de nuestra fe católica en su lengua". También García Holguín, alcalde de la ciudad de México, comenta que había "visto este testigo que todos los religiosos han aprendido la lengua desta Nueva España [la 'lengua general' es decir el náhuatl] e han fecho arte para la mejor aprender".²⁰

Primerísimo lugar ocupa en las tareas de registro de lengua mexicana, junto con el ya mencionado fray Pedro de Gante, el franciscano fray Andrés de Olmos, oriundo de la tierra de Burgos que llegó a la Nueva España en 1528; sus tareas administrativas y religiosas como fundador de conventos y predicador se conjuntaron con las de maestro e investigador. Durante su estancia misional en México hasta 1568, año en que muere, vivió en Tenochtitlán entre los

²⁰ Véase Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli, impresos en náhuatl. Historia*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988, t. 1, p. 12.

totonacas de Hueytlalpan y, posteriormente, al norte, entre los huastecos y otros grupos indígenas en el Pánuco y Tampico. Dotado de una gran facilidad para el aprendizaje y captación de la naturaleza de las más diversas lenguas, como lo advierte el cronista de su orden fray Jerónimo de Mendieta, cupo a Olmos la tarea de abrir camino en el estudio de varias de ellas, procedentes asimismo de diferentes troncos. La primera fue su *Arte de la lengua mexicana* que, aun cuando no logró publicarse sino hasta 1875, circuló entre muchos. Más tarde redactó un *Arte de la lengua totonaca* y una *Gramática y Vocabulario de la lengua huasteca*, que desafortunadamente no han llegado hasta nosotros. Fray Andrés de Olmos realizó también importantes actividades filológicas y etnográficas que habrían de emular algunos de sus compañeros. Fruto de estos trabajos fue la compilación de los *Huehuetlahtolli*, concentrados en el capítulo final de su *Arte*, que posteriormente publicaron fray Juan Bautista y fray Juan de Torquemada, también franciscanos, y otro escrito en náhuatl titulado *Siete sermones principales sobre los siete pecados mortales*.²¹

Partiendo de la tradición grecolatina contenida en las *Introducciones latinas*, fray Andrés de Olmos, al igual que Nebrija, procedió a codificar una lengua que no contaba con ella, sólo que el franciscano tuvo que zanjar dos problemas adicionales: por una parte, establecer la correlación entre los sonidos propios del náhuatl y las letras del alfabeto latino que se tendrían que utilizar para representar los sonidos de un idioma que hasta entonces había sido plasmado con escritura pictográfica. Por otra parte, Olmos tuvo que reducir a clases y describir sintácticamente una lengua que procedía de un tronco lingüístico desconocido, cuyas características formales y funcionales distaban mucho de corresponder con la naturaleza predominantemente flexiva del latín y del castellano. Respecto a la característica aglutinante del náhuatl, resulta reveladora la definición del verbo dada por

**Fray Andrés de Olmos
realizó también
importantes
actividades filológicas
y etnográficas que
habrían de emular
algunos de sus
compañeros.**

²¹ Georges Baudot editó el *Tratado sobre los siete pecados mortales 1551-1552*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1996. El franciscano trata en este libro sobre la soberbia, ambición, vanidad, hipocresía, usura, lujuria, juego y adulterio.



fray Andrés de Olmos como “la armadura del buen hablar”.

El trabajo de codificación llevado a cabo por los frailes ha sido revalorizado por los historiógrafos lingüistas desde hace aproximadamente tres décadas. Así Klaus Zimmermann señala que:

En Molina y en otros lingüistas de la época colonial se halla un nivel de reconocimiento gramatical todavía no superado, pues no puede olvidarse que las lenguas indígenas carecían de alfabeto, que los frailes debieron inventar métodos de campos intercomunicativos para aprender la lengua, obtener los datos lingüísticos, entenderse con los indígenas y, posteriormente lograr redactar los datos reunidos, exponer sus observaciones lingüísticas y dar a la imprenta estos trabajos.²²

La evidente importancia que han cobrado cartillas, artes y vocabularios de las lenguas originarias de México elaborados por estos grandes hombres humanistas del siglo XVI invita a su estudio detallado y sistemático. El análisis descriptivo y comparativo de autores y obras generadas casi inmediatamente después de la Conquista, contribuirá a una valoración más justa y precisa respecto a éste, sin duda complejo, proceso de codificación.

Es un hecho que la obra gramatical y lexicográfica del sevillano Antonio de Nebrija, como ya se ha dicho, fue el patrón que siguieron los misioneros lingüistas. La repercusión de las *Introducciones latinas* (1481 y 1488), obra ampliamente difundida y editada en vida del autor, del *Diccionario latino-castellano* (1492) y del *Vocabulario español-latín* (1495) se hizo sentir por igual en el Viejo y Nuevo Mundo. Sustituyendo el apartado en español del *Diccionario*, por ejemplo, se confeccionaron corpus bilingües como el de latín-catalán. Lo mismo sucedió en el nuevo continente, donde urgía la elaboración de descripciones lingüísticas como instrumento necesario

²² Manuel Galeote en el prólogo al *Vocabulario* de fray Alonso de Molina. *Aquí comienza un vocabulario en lengua castellana y mexicana*, edición de Manuel Galeote. Málaga: Analecta Malacitana. Anejo xxxvii de la revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, 2001, p. xxx.

para lograr la propagación de la fe cristiana. El *Vocabulario español-latín* (1495) de Nebrija, reeditado en 1516, sirvió de base para realizar el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana* de fray Alonso de Molina en 1555, que amplió de manera considerable en 1571; a éste, el franciscano le agregó un segundo apartado en lengua mexicana y castellana que, a su vez, sirvió de modelo para la elaboración de otros lexicones. Por ejemplo, el diccionario español-tarasco del franciscano Maturino Gilberti (1559) es una traducción de Molina de 1555, pues sustituye la columna en náhuatl por el purépecha. En este sentido asegura Thomas Smith que cualquier deuda que pudiera tener con Nebrija se adquirió a través de Molina.²³

El objetivo del *Vocabulario* de Molina fue servir a los gobernantes en sus funciones para que logaran una comunicación más eficaz con los indios y también, claro está, a los frailes encargados de la difícil empresa que los había traído a América. Por supuesto que el amplio vocabulario iba dirigido asimismo, como apunta el propio autor, a: "los demás que con estos naturales han de tratar, pues vemos que muchas veces por no ser entendidos los yndios, de buenas obras o palabras sacan mal galardón, pensando que el buen cumplimiento y comedimiento es injuria. Y mandando que se haga lo que piden, piensan que lo estorban, y por no entenderlos, de donde habían de reportar premio o agradecimiento, sacan castigo".²⁴

En una cala comparativa de las primeras 20 páginas del *Vocabulario español-latín* de Antonio de Nebrija y del *Vocabulario castellano-mexicano* de Alonso de Molina, se ha podido comprobar que un número considerable de voces —alrededor de 100— no aparece incluido en el inventario nebrisense. Se trata de términos o expresiones propias de la lengua náhuatl que requirieron, por tanto, una entrada específica en el apartado en español del vasto corpus del franciscano, como es el caso de "Arrugas de barrigas de viejos.

El objetivo del *Vocabulario* de Molina fue servir a los gobernantes en sus funciones para que logaran una comunicación más eficaz con los indios.

²³ Véase *La aportación de los diccionarios bilingües de la Nueva España a la lexicografía del español*, p. 3, manuscrito sin publicar.

²⁴ De esta manera resume la función de este aún insuperado corpus Miguel León-Portilla en el estudio preliminar al *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina. México: Ed. Porrúa, 1977, p. XLIX-LII.

Xixuecuyotl".²⁵

Fray Alonso tuvo que incorporar voces que aludían a realidades indígenas inexistentes para los europeos; tuvo que acuñar, a través de procesos derivativos a los que tanto invita la lengua mexicana, diferentes palabras; algunos de los procedimientos que siguió en esta creación de neologismos fue aprovechar los significantes y dotarlos de nuevos significados, como en el caso de *atlalilli* para aludir a "aljibe"; otras veces generó todo una familia léxica a partir de una unidad nuclear, como es el caso de *tepuztli*, que originó los campos semánticos relacionados con las *armas, instrumentos e impresos en libros*.²⁶

Aunque algunos estudiosos han minimizado el trabajo emprendido por los misioneros lingüistas, por considerar que se apegan fundamentalmente al modelo gramatical de Antonio de Nebrija²⁷ —suposición que resulta cuestionable, pues se trataba del marco de referencia más acabado con el que se contaba—, en las últimas décadas otros investigadores han venido revalorizando en lo que representa, sin duda, una verdadera práctica historiográfica, la tarea de codificación fonológica, morfosintáctica y lexicográfica que se debe a estos afanosos misioneros.

Es verdad que no establecieron formulaciones teóricas de las lenguas indígenas; no podía ser así, pues ni la lingüística había alcanzado la madurez de disciplina científica que tendría sólo hasta cuatro siglos después con el estructuralismo ni los requerimientos prácticos lo demandaban, pues el programa catequístico se orientaba básicamente a la enseñanza de los códigos nativos. Era un fin pedagógico y no teórico el que alentaba la gramaticalización de los idiomas vernáculos de América.

Sin embargo, la reducción de sonidos inexistentes en el castellano a los grafemas latinos supuso, por sí misma, un enorme esfuerzo de codificación: piénsese, por ejemplo, en el corte glotal, conocido como saltillo (del náhuatl y del maya) o en la caracterización de

²⁵ Para mayor referencia consúltese Juan M. Lope Blanch, "De historiografía lingüística mexicana", en *Historiografía lingüística e historia de las lenguas*, Ignacio Guzmán Betancourt, Pilar Máynez y Ascensión H. de León-Portilla. México: UNAM / Siglo Veintiuno Editores, 2004, p. 29-30.

²⁶ Un estudio detallado acerca de los neologismos que aparecen en el *Vocabulario* de Molina lo realizó Ascensión H. de León-Portilla, "Fray Alonso de Molina, lexicógrafo e indigenista", en *Caravelle*, Toulouse, 2001, p. 235-241.

²⁷ En el siglo XIX y principios del XX, por ejemplo, estudiosos de la talla de Francisco Pimentel y Francisco Belmar minimizaron la importancia de las tareas de codificación realizadas por los misioneros lingüistas en el siglo XVI. En la actualidad, explica Klaus Zimmermann, Oesterreicher y Schmidt Riese pretenden que este trabajo no sea siquiera considerado. Para mayor referencia, consúltese "Historia de la elaboración de un sistema gráfico para la lengua otomí en la época colonial". En *Dimensión antropológica*. México: 10:29, 2003, p. 33.

la tonalidad del zapoteco o del otomí. Además la gramaticalización de las lenguas amerindias implicó necesariamente reflexiones de índole teórica sobre determinados fenómenos que, sin duda, han beneficiado a los modernos lingüistas. Por ejemplo, desde los primeros manuscritos algunos afijos se consideraron como parte integrante del verbo y no como formas independientes; tal es el caso de *ni* para *nicochi*.

Asimismo se encuentra ya en la primera gramática de la lengua náhuatl debida a Olmos, una clara identificación de prefijos de objetos indefinida para humano (*te*) y para no humano (*tla*), inexistentes en las lenguas europeas.²⁸



Consideraciones finales

En suma, podemos decir que el trabajo de registro llevado a cabo por los frailes en los años que siguieron a la Conquista fue, como hemos podido comprobar, de gran intensidad y de notable valor lingüístico. La tarea de sujetar aquellos idiomas que carecían de escritura alfabética después de cinco siglos no ha concluido. En la actualidad son diversas las propuestas de notación gráfica de la que fue *lingua franca* de un extenso territorio, que sigue siendo según el censo de 2000, la más hablada entre los indígenas (1 448 936). La que ha adoptado, por ejemplo, la Secretaría de Educación Pública, fundamentada en el dialecto de la Huasteca, que ha reducido algunos grafemas del alfabeto latino con el fin de acercarse más al sistema fonético del mexicano o la propia de la tradición de cinco siglos, inaugurada por los misioneros lingüistas, que se emplea en la actualidad principalmente en la zona central de la República Mexicana.²⁹

La reducción de los fonemas de las distintas lenguas amerindias al sistema gráfico procedente del la-

²⁸ Al respecto consúltese a Michel Launey, "La elaboración de los conceptos de diátesis en las primeras gramáticas del náhuatl". En *La descripción de las lenguas amerindias en la época colonial*, Klaus Zimmermann (ed.) Madrid: Biblioteca Ibero-Americana, 1997, p. 21-43.

²⁹ Véase Miguel León Portilla "Yancuic Tlahtolli: palabra nueva. Una antología de la literatura náhuatl contemporánea", en *Estudios de Cultura Náhuatl*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 18, 1986, p. 130.

tín no fue más que el preámbulo de un complejo trabajo de descripción y transvase. Robert Ricard, en su multitudinado libro *La conquista espiritual de México*, proporciona una relación de los libros realizados durante el periodo que va de 1524 a 1572: 109 obras, de las cuales 80 fueron escritas por franciscanos, 16 por dominicos, 8 por agustinos y 5 son anónimas. Por razón de lenguas, ésta es la división: 66 en náhuatl o relativa a ella, 13 en tarasco o referente a su naturaleza, 6 en otomí, 5 en mixteco, 5 en zapoteco, 4 en huasteco y 2 en totonaco.³⁰ Esta información da cuenta por sí misma de la gran actividad desplegada por los misioneros lingüistas en México durante las primeras décadas de la Colonia.

³⁰ *La conquista espiritual de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 122.